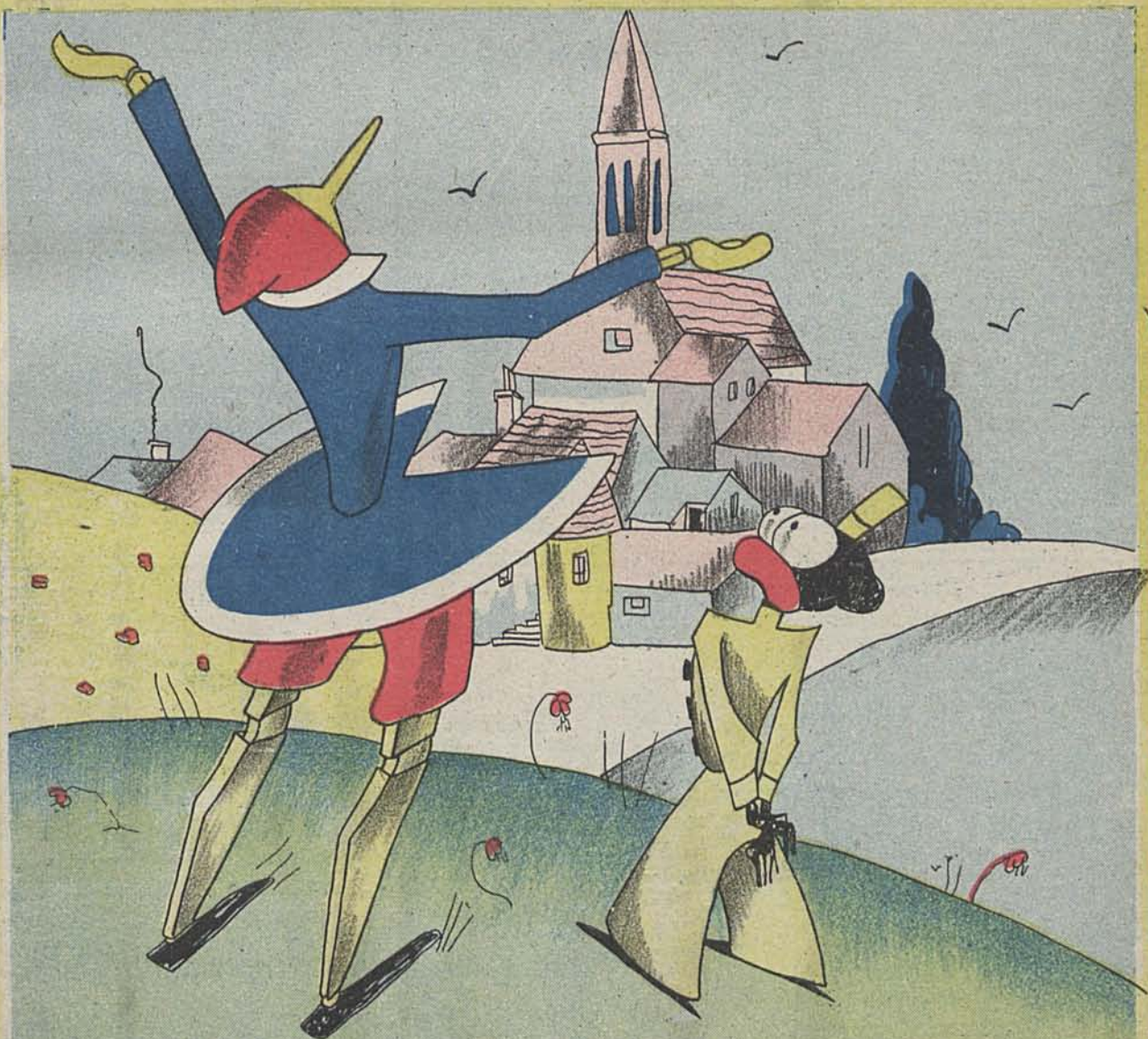


# PINOCHO

AÑO VI  
NUM. 258

25 cts

26 ENERO  
1930



- DON TURU LLEVA UNA CADENA DE ORO QUE PESA DIEZ ARROBAS  
- ¡QUÉ ATROCIDAD! ¿Y COMO PUEDE CON ELLA?  
- ¡PORQUE ES HUECA!



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







# EL PARALELO 28°17'

POR  
E. GIOVANOLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

imposibilidad moral, material... y lejos de hacernos daño sin perderse

también a sí mismo. Ya encontrará usted el medio de librarnos de Larouchy...

»Mientras su compañero pronunciaba estas amenazadoras palabras, Lagard, o mejor dicho, el hombreco elegante que me había sido presentado como el señor Lagard, evidentemente turbado, se había vuelto de espaldas a mí y había ido a plantarse delante del tragaluz abierto, con las endebles piernas agitadas por un irrefrenable temblor convulsivo.

»Delheure cogió el revólver y se lo metió en el bolsillo. Su voz volvió a hacerse lenta e insinuante.

»—Desechemos los escrúpulos, señor Mandiguet, que son un inútil estorbo. Acortar unos pocos días la vida de ese pobre hombre podría ser, créame, casi un acto de caridad; se le abreviarían los sufrimientos que le torturan. Y para... quitarle de en medio no hará falta siquiera un acto violento, que también a mí me repugnaria. Bastará una emoción un poco fuerte, o... ¡qué sé yo!... una taza de té un poco cargada—, y subrayó la frase con un guiño significativo—una poción preparada de antemano... ¿No le parece?... Por lo demás, usted será quien vea lo más conveniente desde el punto de vista práctico. Porque usted, ¿no es así?—y el tono volvió a hacerse imperioso—¿no tiene ya que oponer ninguna objeción a mi proyecto?

»Yo consideré que hubiera sido una tontería sacrificar mi vida a aquellos dos canallas por una vana ostentación de mi honradez y de la firmeza de mi amistad; pensé que aquellos dos

bribones obraban demasiado bajo el terror y la agitación de la inminencia de un escándalo que les habría arruinado, para que no pudiera hacerse luego fácil aprovecharme de su miedo para a mi vez, dominarles a ellos, y decidí continuar mi ficción de un modo definitivo. No quise, con todo, mostrarme en el acto demasiado condescendiente.

» ¡Dios mío, Dios mío!—clamé oprimiéndome las sienes entre los puños cerrados—. ¡En qué terrible alternativa quiere usted ponermel! ¡Tenga piedad de mí...! ¿Cómo podré yo traicionar al amigo de manera tan vil, tan baja, tan horrorosa? ¿Cómo podré...?

»— ¡Bah! podrá usted, podrá, y sin tantas dificultades. Le daremos las instrucciones necesarias...

»—¿Para cuando?—pregunté por fin como decidiéndome de golpe.

»—Para pasado mañana. Esperemos a que vuelva el hombre que hemos enviado en busca de ese amigo nuestro de que antes hablé a usted; y mañana, probablemente, estará aquí. Después, procederemos sin perder tiempo. Pero entretanto, nos vemos obligados, aunque nos pese, a asegurarnos de la persona de usted. Somos amigos en adelante; es verdad, y para toda la vida; pero conviene tomar las debidas precauciones. ¿No le parece? Cuidaré de todos modos de que su camarote no carezca de nada. ¡Hasta la vista, señor Mandiguet!

»Tras él, vino también a estrecharme la mano el currutaco apartándose de su puesto en la ventana; y luego fui conducido a un pequeño camarote al que las gruesas barras de hierro que cerraban la única claraboya daban un aire entre de celda carcelaria y de tabuco de portero. Para poder estar allí con alguna comodidad, aquella singular prisión flotante había sido decorada con un insólito lujo de esteras y tapices,



que trataban de hacer menos miserables a una litera tosca, un velador carcomido y una claudicante silla de bambú. Relegado en aquel angosto espacio, ví transcurrir todo aquel día y los otros dos, durmiendo largos ratos, fumando inmejorable tabaco que me enviaron juntamente con un verdadero arsenal de pipas y boquillas, comiendo copiosamente y bebiendo un exquisito té que me preparaba yo mismo por medio de un *samovar* que Delheure en persona me llevó con un libro pedido por mí para ocupar mis horas de ociosa espera: un ejemplar de *Los Tres Mosqueteros*, quién sabe a través de cuántas peripecias llegado, estropeado, eso sí, pero con todas sus páginas, hasta aquella remota parte del Celeste Imperio.

»Pero el día 24 ocurrió una cosa que ni yo ni mis carceleros podíamos esperar. Por la mañana, clareando apenas, fui despertado por un gran clamor de voces excitadas, de gritos, de furibundos *jhe-ja, he-ja!* Puesto uno de los codos en la almohada y apoyada la cabeza en la palma de la mano extendida, me puse a escuchar, incapaz todavía de darme cuenta de lo que pasaba a mi alrededor, al otro lado de la sutil pared del camarote. El piso de la cubierta resonaba al chocar de pasos precipitados, una voz recia daba en el junco órdenes entremezcladas de imprecaciones, y de vez en cuando llegaba desde lejos un seco crepitar de descarga de fusilería, seguido de nuevos *he-ja* desesperados.

»Me arrojé de la litera—pues dormía vestido, naturalmente—y me lancé a la puerta sacudiéndola violentamente resuelto a ver, a saber, a ponerme en salvo, si el caso llegaba. De pronto aquélla se abrió, como cediendo a mis esfuerzos; y en el umbral apareció Delheure, descompuesto el traje, demudado el rostro, los ojos inyectados y rodando en las órbitas con una furia de locura y desesperación. Tuve apenas tiempo de retirarme a un ángulo del camarote antes de que el furioso levantara el fusil y disparase contra mí. Un agudo silbido me rozó la

oreja izquierda, y la bala salió por entre los barrotes del ventanuco. Aun conservé presencia de ánimo bastante para lanzar un alarido y dejarme caer a plomo sobre el suelo como si estuviese herido o muerto. Al escribirlo ahora, la cosa me parece perfectamente sencilla y natural; pero juro que en aquel instante me creí perdido sin remedio, inerme como estaba, a merced de aquella humana fiera que habría podido rematarme a tiros para quedar bien seguro de que no podría levantarme más. Pero no; el falso Delheure no se cuidó más de mí, y sin llegarse tan siquiera a comprobar en mi persona los efectos del golpe, dió vuelta en seguida y pude oír sus pasos alejarse rápidamente y confundirse después con los ruidos inexplicables que hacían vibrar y resonar el junco todo de popa a proa. Seguí allí inmóvil, tirado en el suelo, con la cabeza apoyada en la silla de bambú durante un buen rato, (la prudencia exigía que yo simulase estar muerto de hecho) y se podrá pensar cuál sería mi sorpresa y cuánta mi alegría cuando, después de cerrar primero los ojos y de entreabrirlos luego a un nuevo rumor de pasos que se acercaban, distinguí entre la sombra incierta de mis pestañas los galones de un oficial chino que ocupaba el vano de la puerta abierta, y detrás, confusamente, otros hombres que me parecieron también ser soldados del ejército regular chino. El oficial se adelantó hacia mí; pero yo me puse en pie de un salto y le saludé en su lengua materna con un sonoro:

»—¡Buenos días!

»—¡Ah, menos mal!—exclamó él un poco sorprendido, en un característico francés sin *erres*.—Conque ¿no se ha muerto usted?

»Parece que no—contesté en un chino macarrónico—. Pero ¿cómo está usted a bordo de este junco? ¿Sabe usted que le debo la libertad y quizá la vida?

El otro siguió hablando en su francés, persuadido de que un europeo que hablaba tan mal el chino no podía comprender ni su belleza

(Continuará en el próximo número).





# COLORÍN y su PANDILLA







## EL VOLCAN MÁS GRANDE DE LA TIERRA



BANCO DE ATUNES  
Nº 1 CURRINCHE  
FOTº

Henos en marcha a través del inmenso Océano Pacífico con rumbo hacia el archipiélago de Hawai.

El paquebote que nos lleva es una gigantesca nave de tres chimeneas, como tres altos hornos, de tres amplísimas cubiertas sobre las que bulle un mundo viviente de la más heterogénea procedencia.

Componemos el pasaje gentes de todos los colores, representantes de todas las razas y de todos los países, y entre ellos van todos los miembros de la gran familia pinochista. Pinocho, Pirula, Don Turu, Currinche, El Capitán Corretón, su distinguida señora Doña Tecla, la Tormenta, el Ciclón, Anita, etc., etc.

Huelga decir que el negro más abetunado de los negros que van a bordo es el simpático Currinche, que pasea siempre sobre cubierta colgado del brazo de Don Turu y llevando cruzada sobre su pecho, a modo de bandolera, la correa que suspende el estuche de un Kodak.

Currinche va a participar dentro de poco de la emoción de hallarse ante el espectáculo más imponente que puede ofrecer la Naturaleza. Ante el volcán mayor del mundo, y precisamente en plena erupción.

¿Quién se resiste a hacer un viaje de semejante importancia sin llevar una máquina fotográfica? Currinche, al menos, no se ha resistido, y por eso la lleva.

Y ya que hemos tocado este punto de la fotografía, aprove-

charemos la ocasión para ofrecer a nuestros curiosos lectores las primeras instantáneas que ha tomado en este viaje tan lleno de atractivos.

La primera, la que va señalada con el número 1 es un banco de atunes visto desde cubierta. Pero no se ve el banco y de este pequeño defectillo tiene la culpa Don Turulato, que, en su afán de salir en todas las fotografías se ha interpuesto entre Currinche y el banco, aunque por esta vez no

ha satisfecho sino en parte, el gusto de salir retratado.

Le está muy requetebién empleado por meterse donde no le llaman.

La segunda foto que os ofrecemos es la estupidez artística que va señalada con el número 2. Es una bandada de peces voladores que cruza sobre el buque.

La cabezota de Don Turu, siempre tan inoportuno y tan «metementado» ha tapado la bandada. Pero conste que los peces voladores están detrás.

Y por último, la fotografía número 3, es un precioso retrato del capitán del barco comiendo barquillos. Tampoco ha salido más que la mitad inferior del capitán, porque la otra, precisamente la más interesante, la ha tapado, sin querer desde luego, la mano de Don Turulato, que en aquel instante señalaba un punto del horizonte oceánico donde él aseguraba que se estaba ahogando un tiburón.

Aun os vamos a enseñar una instantánea más, de propina. Es una curiosa fotografía del sabio doctor alemán Von Kem Heaces. Aunque dió la maldita coincidencia de que Don Turu siempre el pelmazo de Don Turul se puso delante para saludar al doctor, ha salido el retrato bastante bien, porque da la casualidad de que la espalda de Don Turulato tiene grandísimo parecido con la cara del doctor.

\*\*\*

De pronto, todas las miradas del pasaje se dirigen a un mismo punto. Allá muy lejos, en el horizonte se vé una mancha negra que asciende hacia el cielo.

Los marineros explican la aparición. Es el gigantesco volcán Mauna-Loa. ¡Lo que en la imaginación de Don Turulato se apareció como un tiburón naufrago, es la columna de humo del volcán!

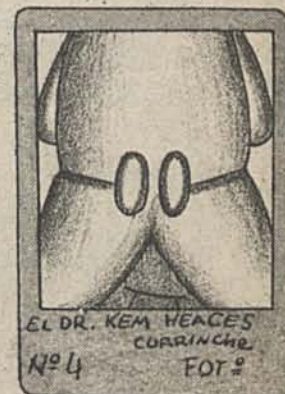
Todos enfilaron hacia aquel punto los prismáticos. Todos, menos el capitán Corretón que con una enorme estaca en la



PECES VOLADORES  
Nº 2 CURRINCHE  
FOTº



EL CAPITAN SE ATRACA DE  
BARQUILLOS  
Nº 3 CURRINCHE  
FOTº



EL DR. KEM HEACES  
Nº 4 CURRINCHE  
FOTº





mano corría tras de Tin y Ton que acaban de hacerle una de las suyas.

¿No sabéis lo que le hicieron? Pues le habían colgado a la espalda un papel con esta leyenda:

¡Capitán, capitán!  
Con tus barbas, tu bigote,  
Tu nariz, y tu cogote.  
Pareces un cachalote  
¡Capitán, capitán!

Al día siguiente por la mañana el buque acortó su marcha y buscó abrigo y fondeadero en una rada de la isla Hawai, que, por ser la mayor del archipiélago le da su nombre y en ella es donde se encuentra la montaña Kilauéa, en cuya cumbre se abre el cráter del soberbio volcán.

Clavó el vapor las garras de sus anclas en el fondo del mar y se arriaron los botes al agua.

Minutos después, todo el pasaje se hallaba en tierra firme

La impresión que el espectáculo del volcán produjo en e ánimo de nuestros viajeros fué distinta en cada personaje Cosa que no tiene nada de particular teniendo en cuenta las diferencias de modo de pensar que hay, por ejemplo, entre Anita buen corazón, y los endemoniados Tin y Ton.

Pero es curioso conocer lo que cada personaje escribió en su cuaderno de notas. Veámoslo:

**PINOCHO.**—Si el cobarde Chapete viera esto no pararía de correr en toda su vida.

**PIRULA.**—Parece mentira que con lava por aquí, lava por allá y lava por todas partes, esté el volcán tan sucio.

**ANITA.**—¡Cuántas hormiguitas y cuántos insectos habrán perecido achicharrados en esta inundación de fuego!

**PELUCHO.**—¡Guau!

**TECLA.**—Si pescase este fuego en la cocina de mi casa ¡que empanadas más ricas les haría a los nenes!

**CORRETÓN.**—Metidos en una jaula dentro de ese cráter estarían los nenes en su elemento.

**TIN y TON.**—¡Qué hermosa parrilla para socarrarle las barbas a Corretón!

**EL INSPECTOR.**—Cuando las barbas de tu vecino veas pelar, echa las tuyas a remojar.

**DON TURU.**—¿Qué hacen esos bomberos que no vienen?

**CURRINCHE.**—Si yo sé esto me traigo un saco de castañas. ¡Qué bien se asarían aquí!

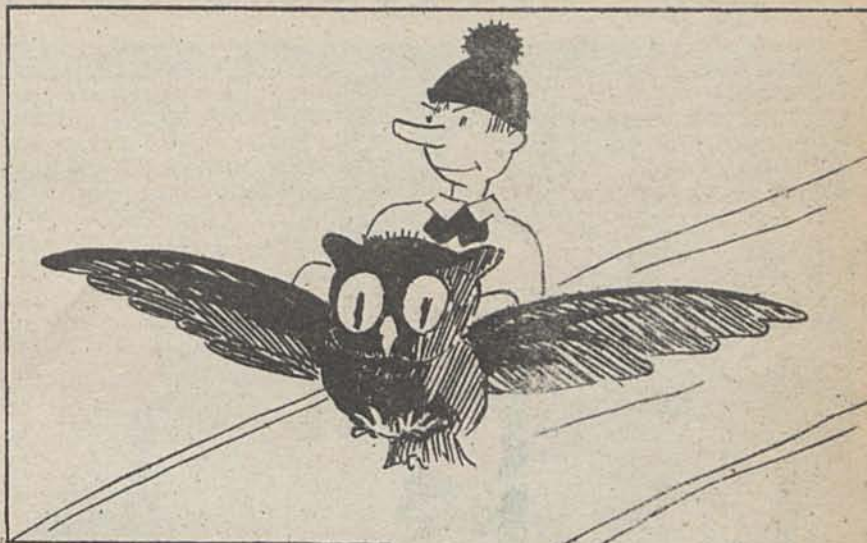
**MORRONGUIS.**—¡Esto es calefacción y no el braserito que tenemos en casa!

Como veis, queridos pinochistas, la impresión que refleja cada personaje, no nos pone al corriente de lo que es el volcán de Mauna-Loa y nos quedaríamos en ayunas si no fuese porque Chonón, cabalgando sobre las espaldas del sabio buho acaba de llegar por los aires.

Chonón y el sabio buho llegaron al muelle del puerto de partida cuando ya el vapor había puesto su proa con rumbo a alta mar, y antes que renunciar a ver la erupción volcánica prefirieron hacer el viaje a pie. Es decir, a pie, no; en un vuelo sin escalas desde Europa a Oceanía.

Y lo realizaron con felicidad completa.

Cuando vieron todos a Chonón y al buho por los aires se



desbordó la alegría y el entusiasmo.

Aquel espectáculo necesitaba el complemento de un sabio digno de explicar su grandeza.

Y nadie, mejor que el buho, podía cumplir esta misión.

Así, pues, tomaron un refrigerio, brindaron por el buho y empezaron la ascensión por la montaña.

Hay que acercarse más al cráter del volcán—dijo el buho—Seguidme, que yo os conduciré a un lugar, que libre de todo peligro, pueda servirnos de magnífico observatorio.

La ascensión es un poco penosa y arriesgada, pero os ataréis todos con una larga cuerda, como hacen los alpinistas, y así los riesgos de caerse serán menores.

Obedecieron todas las previsoras medidas tomadas por el buho, y lentamente, tanteando antes el suelo en que había que apoyar los pies, iba aquella cadena humana escalando las quebradas laderas de aquella ingente montaña.

Al cabo de cinco horas de difícil acceso entre peñascos, bordeando barrancos por los que se precipitaban torrentes de incandescente lava, llegaron nuestros expedicionarios al lugar que el buho había escogido desde el espacio para contemplar de cerca la grandiosa hecatombe del cráter del Mauna-Loa.

(Continuad en el próximo número.)



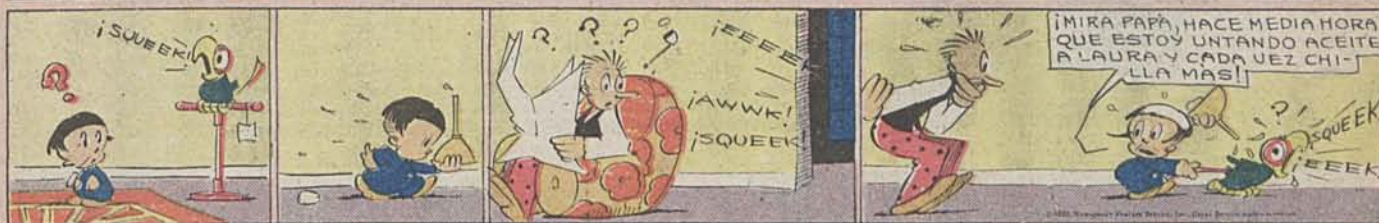




# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







The comic strip consists of three panels. In the first panel, Felix is in a field with a chicken, looking at a pile of sandals. A speech bubble says: "¡HACE TIEMPO QUE ALGUIEN VIENE ROBANDO LAS SANDIAS DE MI AMO! ¿QUIEN SERA?". In the second panel, Felix is climbing a tree, looking down at a large footprint. A speech bubble says: "¿QUE TIPO MAS SOSPECHOSO! ¡ESA TRIPA NO ME PARECE NATURAL!". In the third panel, Felix is running away from the footprint, looking back over his shoulder. A speech bubble says: "¡QUE TIPO MAS SOSPECHOSO! ¡ESA TRIPA NO ME PARECE NATURAL!".





# CUENTOS DE CALLEJA

## APRENDIZ DE BURRO

Castillo



IMÓN de nombre, burlón de oficio y holgazán por vocación; tales son las señas personales de un muchachote de doce años, más malo que la quina y más vivo que una ardilla.

Un día oyó decir que en el cerro del Pimiento había tres cosas de difícil adquisición, pero tan inútiles, que nadie se había preocupado de poseerlas.

Eran la silla de los azotes, la flor de los estornudos y la cola que hace correr. En la primera, nadie podía sentarse sin llevar una azotina; la segunda, al olerla, hacía estornudar sesenta y seis veces seguidas, y la última era una especie de rabo que tenía la endiablada propiedad de hacer salir corriendo y rebuznando al infeliz que se la prendieran.

Y hete aquí a Simón en busca de aquellos objetos. Y como en él concebir una idea era lo mismo que llevarla a ejecución, una mañanita se puso en camino hacia el cerro del Pimiento, con poco dinero en el bolsillo, pero mucho aliento en el corazón.

Llevaba andada como media legua de Castilla, cuando dió vista al montecillo.

Dió vuelta al cerro, y por fin vió un labrador que cultivaba sus tierras no lejos del sitio en que Simón se encontraba; y el chico, ni corto ni perezoso, allá se fué a preguntarle el paradero de las tres cosas que venía a buscar.

—Tú debes ser más tonto—dijo el labrador—que una mata de habas, cuando ya no has dado con la dificultad. Las tres cosas que buscas están ahí; pero lo difícil es encontrarlas, por lo mismo que están muy a la vista. Busca, busca y encontrarás.

Simón volvióse al monte y comenzó a buscar, mata por mata, la flor de los estornudos.

—Oliéndola yo—decía—debo estornudar, y así la conoceré.

En efecto: al poco rato vió una florecita azul que crecía cerca de unas maravillas, y se acercó a olerla. Del primer estornudo dió con las narices en el suelo, y a poco se queda chato para siempre.

—¡Es... es... ésta es... aaachiss! ¡aaachiss!—decía estornuando.

Y tanto estornudó, que quedó molido como si le hubieran apaleado.

—Bueno—dijo—, ya tengo una cosa de las que buscaba.

Y cortando la florecita, la envolvió en un papel que guardó en el bolsillo.

Púsose de nuevo a buscar el rabo que hacía correr, pero ése no le encontró por ninguna parte; hasta que, viendo un borrico que tranquilamente pastaba en una ladera, se acercó y le cogió la cola, tiró y se quedó con ella en la mano. Era un rabo postizo prendido con un alfiler a la verdadera cola del pollino.

—¿Y cómo a ese burro no le causa efecto este rabo? ¿Será que no podrá nada con los animales? Veamos qué efecto me produce.

Y al decir esto se enganchó el misterioso rabo en la chaqueta.

En aquel mismo momento sintió tales ganas de correr, que, sin poder dominarse, salió tras el burro como una centella, dando rebuznos que se oían a tres leguas a la redonda.

Por fin pudo quitarse aquel adorno molesto y se tiró al suelo para reposar de tan dura caminata.

Ya no le quedaba por coger más que la silla, y, a fuerza de buscar, dió con una choza de pastores, abandonada, y en ella había una silla con el asiento estropeado. Sentóse en ella Simón, y tuvo que saltar

más que a prisa, no sin haber recibido dos tremendos azotes que le hicieron dos cardenales.

—Ya vencí—dijo con alegría.

Y poniéndose la silla al hombro, y guardando el rabo en el bolsillo, se puso en marcha hacia su casa, adonde llegó después de dos horas largas de camino, en ocasión en que estaban cenando, y, como no hubiera muchos asientos libres, le dijo su padre:

—Pues mira, has tenido buena idea en recoger esa silla vieja, porque así ya sabes cuál ha de ser tu asiento en lo sucesivo.

El chico quiso protestar; pero su padre le hizo sentar a viva fuerza.

Sonaron dos azotes monumentales; gritó el chico, y se







quiso levantar, creyó el padre que resistía sus mandatos y le sujetó por los hombros; sonaron otros dos azotes, y los hermanos creyeron que su padre estaba haciendo entrar en calor a Simón; en fin, se armó tal galimatías, que el muchacho recibió más de veinte azotes que le pusieron como nuevo.

Cuando se puso en claro la cuestión, quisieron todos probar si era cierto, y todos llevaron un susto mayúsculo cuando la mano invisible les daba los azotes.

Tocó luego el turno a la flor, y era de ver cómo al olerla estornudaron todos tan aprisa y con tal fuerza que no podían ni hablar.

Pero no quiso Simón sacar la cola del bolsillo porque estaba rendido de fatiga. Se acostó, y de un tirón hubiera pasado toda la noche, sin la idea que tuvo de colgar la cola de burro de los pies de su cama. Pero pronto le pareció que estaba en un barco que se movía, y al despertar vió que la cama galopaba por la habitación, y por entre los colchones oyó un ruido muy semejante a un rebuzno.

—¡Caramba!—dijo Simón incorporándose—Esta cama está haciendo burradas sin saberlo.

Quitó el rabo de la cama y lo puso en una percha, y ésta comenzó a bailar, yendo al suelo las ropas que en ella estaban colgadas.

Al día siguiente fué a ver a don Lesmes Sacamantecas, hombre muy malo, que jamás socorrió a ningún pobre ni dió a nadie los buenos días sino por interés. Era un hombre tan miserable que contaba los garbanzos de su puchero.

Cuando Simón fué a casa de don Lesmes, llevaba su silla a cuestas, y en el bolsillo la flor y la cola de pollino. Llamó y salió a abrirle el vejete.

—¿Qué quieres, galopín?—dijo.

—Venderle a usted esta silla vieja—contestó Simón con descaro.

—¡Pero si no vale nada! Más vale que me la des, y un día de estos te daré yo un caramello muy bueno.

—No, señor; esta silla vale un duro, pues tiene muchas virtudes.

—¿Y qué virtudes tiene?

—La de aumentar el dinero al que lo lleve.

—¿Y cómo no te lo aumenta a ti—dijo escamado el avaro.

—Por eso he dicho al que lo lleve, y como yo no llevo ninguno...



—Bueno; ya probaremos.

—También tengo una flor de un olor admirable. Huela usted.

Y se la puso bajo la nariz. Don Lesmes comenzó a estornudar violentamente.

Cuando acabó cayó rendido sobre la silla, y un fuerte par de azotes que recibió le hicieron levantarse con cuanta presteza pudo; pero el chico se colocó detrás de don Lesmes, colgándole de los fal-

lones de la chupa la terrible cola de pollino. Al momento salió don Lesmes de su casa sin poder contenerse, corriendo por las calles de la corte como un desesperado y lanzando cada robuzno que metía miedo.

—¿Qué es eso?—preguntaban algunos.

—Un aprendiz de burro que se está ensayando—respondían otros.

Conducido a la Comisaría por seis u ocho guardias, sable en mano, el pobre les decía:

—Vamos aprisita, que tengo gana de correr.

Y los llevó al trote largo. Dentro de la Comisaría tampoco podía estar quieto, y de un par de coces derribó la mesa del delegado, hasta que al fin se le cayó la cola, y don Lesmes se dejó caer medio muerto sobre un banco.

El delegado cogió aquel adorno tan raro, y, por broma, se lo puso a un guardia, y lo mismo fué ponerlo que el del Orden se arrancó rebuznando y corriendo hasta que se lo quitaron.

Contó, al fin, don Lesmes lo que le había ocurrido con el pequeño Simón, y el delegado fué a la casa del avaro, en donde el muchacho había dejado la silla. Sentóse el delegado, y, al recibir los primeros azotazos, embargó la silla, por desacato a la autoridad.

Don Lesmes se vió obligado a pagar una fuerte multa por escándalo en la vía pública, y Simón recibió de su padre una tollina muy regular por dar bromas pesadas.

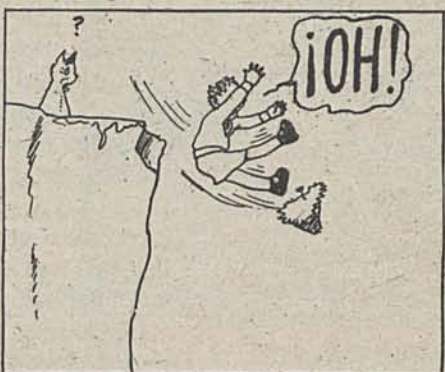
La flor de los estornudos se perdió, sin que nadie sepa adónde ha ido a parar. La silla y la cola han pasado a un museo de curiosidades, y Simón no vuelve a meterse en aventuras peligrosas por el gusto de hacer pasar mal rato a sus semejantes.





# ANITA

## BUEN-CORAZON





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE ENERO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



El canal de Panamá  
Tita Porras



D. Turulato  
José Moya



El conde Octavio  
M. de la Iglesia  
12 años



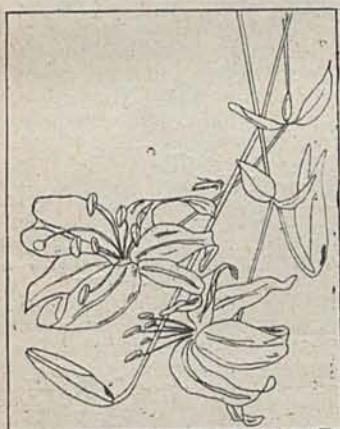
Mi prima Sola  
A. R. de la Rosa



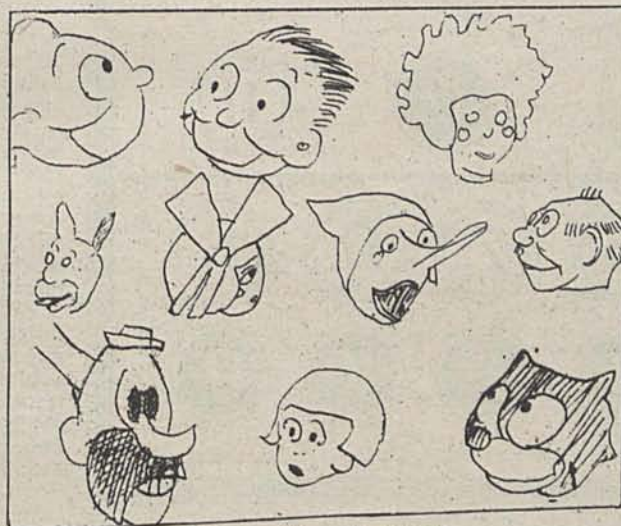
Colorín enfadado  
Gonzalo Díaz  
10 años



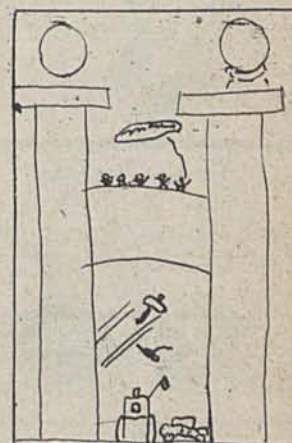
Pelometa  
Pepe Moya  
3 años



Flor de Lis  
Aurorita Carrasco



Gente conocida.—Julio Álvarez



Un arco.—Arturo Galán



Un cocinero  
C. Alil



Merronguis  
C. Alil



Pinocho  
A. Cantalapiedra



M. González



M. González



M. González



M. González



M. González



Un barco  
Francisco G.



Mi amigo  
I. Jaraquemada



Calle  
Luis Hidalgo



A. S. Agosta



A. Ulangón



J. Requena



P. Viñan



Mi muñeca  
C. Esora



G. Pérez



Pirula  
P. Viñan



P. Viñan



P. Viñan



P. Alil



F. García



Don Turu  
Pilar Viñan



P. Alil



Un perro.—B. M.



C. Soto



Concha Soto



María García



Una pera  
J. Arránz



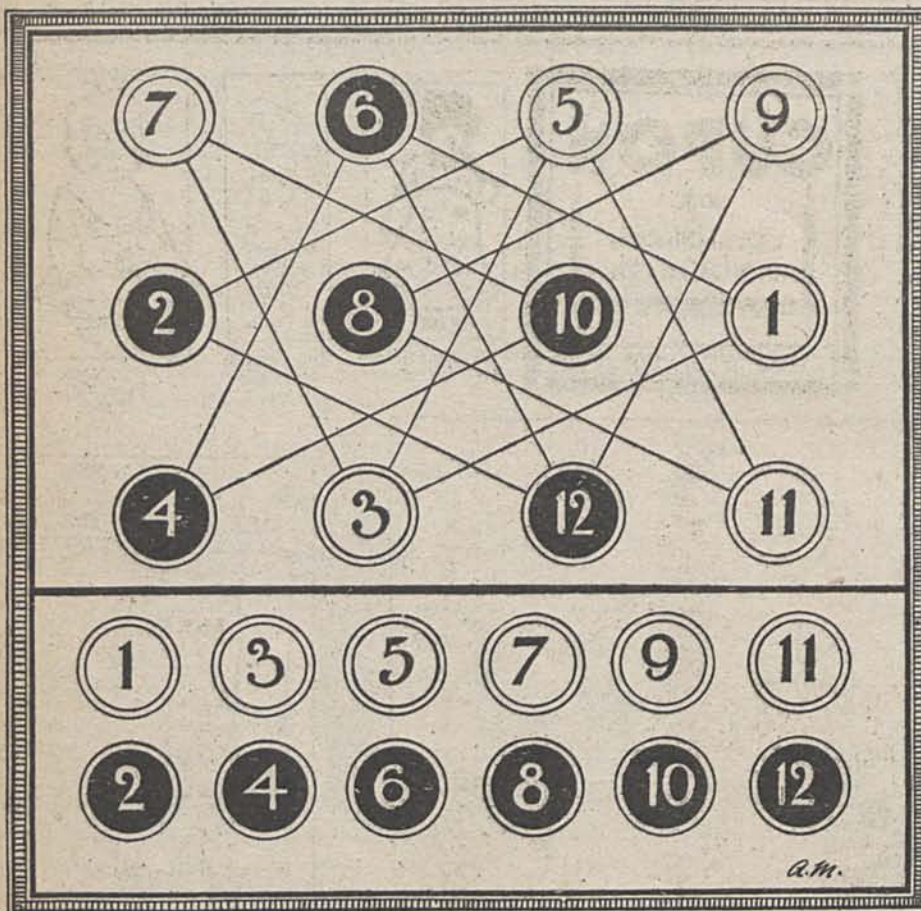
J. Gómez  
19 años



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ENERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## LOS NÚMEROS DESORDENADOS



Buenos días insignes compañeros de fatigas. Hoy vengo con ganas de haceros trabajar. Se trata sencillamente de mostraros un «puzzle» que ayer me enseñó mi amigo Celedonio del Bote, y con el que estuve (con el «puzzle») buscando su solución, hasta las tres de la mañana. Vosotros, desde luego no lo debéis tomar tan fuerte. En fin. Vamos a lo que nos ha traído aquí.

Podéis ver, amados pinochistas, en esta misma página un tablero con doce números, puestos sin ton ni son. Bueno. Pues se trata sencillamente de que coloquéis estos números correlativamente. Es decir, así:

1	2	3	4
5	6	7	8
9	10	11	12

Para ello comenzaréis por recortar las fichas que hay debajo y después de colocadas en el tablero encima del número correspondiente, cambiaréis unas fichas por otras hasta conseguir colocarlas en el orden indicado. Estos cambios no se pueden hacer nada más que entre dos fichas que estén unidas por una línea. Ejemplo: El 10 y el 7, el 12 y el 9, etc. Cada ficha puede moverse el número de veces que se quiera.

Ya sabéis, pues, bastante. Ahora, infatigables pinochistas, a trabajar... Para que veáis la cantidad de bondad que se oculta dentro de mi pecho, sabed que los dos primeros cambios que se hacen son el del 8 por el 11 y, luego, el del 8, otra vez, por el 5. Vosotros seguid. He dicho.

## EL ANIMALITO EXTRAÑO

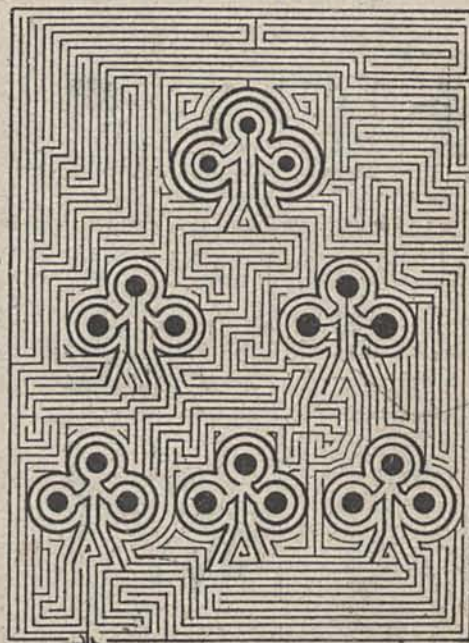


Siguiendo el orden de los números dibujaréis el contorno de un insigne y sabía animal.

¿Cuál será este?

Entrando por donde indica la flecha hay que encontrar el camino que lleva a la otra flecha que es la que indica la salida. Un lápiz, pronto, y a resolverlo.

## EL LABERINTO SUIZO





# SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

## DEL MES DE JUNIO

EL RINOCERONTE MALDITO



### LOS CABALLEROS DANESOS

Soluciones:

1.ª

A, F, B, D, G, E, C.

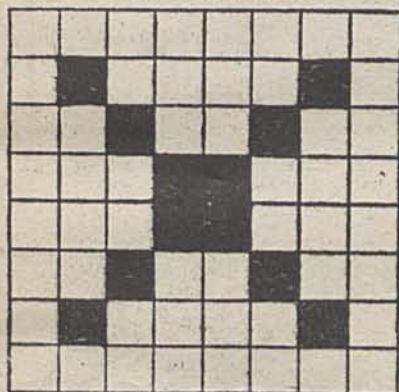
2.ª

A, E, B, G, C, F, D.

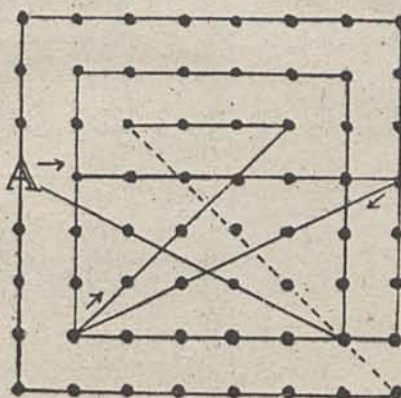
LAS TRES FOCAS



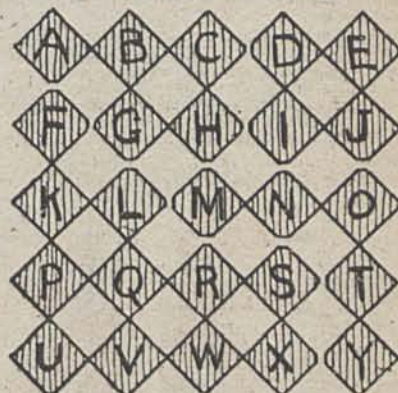
LA VENTANA



EL ABECEDARIO



LOS CEROS DEL DIABLO



LA TORTUGA Y LOS CONEJOS



LAS ARDILLAS



EL MOSAICO



EL TABLERO EMBRUJADO

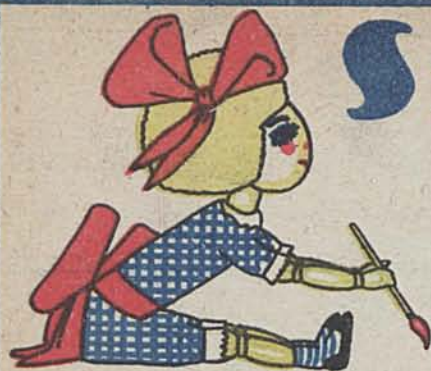
Las filas que se pueden formar son las siguientes:

1, 3, 6; 1, 3, 9; 1, 3, 13, 1, 3, 16; 1, 3, 20; 1, 5, 11; 1, 5, 17; 1, 6, 9; 1, 6, 13; 1, 6, 16; 1, 6, 20; 1, 9, 13; 1, 9, 16; 1, 9, 20; 1, 11, 17; 1, 13, 16; 1, 13, 20; 1, 16, 20; 2, 4, 5; 2, 7, 9; 2, 7, 12; 2, 7, 15, 2, 7, 17; 2, 7, 22; 2, 9, 12; 2, 9, 15; 2, 9, 17; 2, 9, 21; 2, 10, 19; 2, 12, 15; 2, 12, 17; 2, 12, 21; 2, 15, 17; 2, 15, 21; 2, 17, 21; 3, 5, 8; 3, 6, 9; 3, 6, 13; 3, 6, 16; 3, 6, 20; 3, 9, 13; 3, 9, 16; 3, 9, 20; 3, 11, 21; 3, 12, 23; 3, 13, 16; 3, 13, 20; 3, 15, 22; 3, 16, 20; 4, 6, 11; 4, 6, 14; 4, 7, 10; 4, 9, 23; 4, 11, 14; 4, 12, 22; 5, 6, 7; 5, 11, 17; 5, 12, 19; 6, 9, 13; 6, 9, 16; 6, 9, 20; 6, 11, 14; 6, 12, 18; 6, 13, 16; 6, 13, 20; 6, 16, 20; 7, 9, 12;

7, 9, 15; 7, 9, 17; 7, 9, 21; 7, 12, 15; 7, 12, 17; 7, 12, 21; 7, 13, 19; 7, 15, 17; 7, 15, 21; 7, 17, 21; 8, 9, 10; 8, 11, 15; 8, 11, 18; 8, 11, 23; 8, 12, 16; 8, 14, 21; 8, 15, 18; 8, 15, 23; 8, 18, 23; 9, 12, 15; 9, 12, 17; 9, 12, 21; 9, 13, 16; 9, 13, 20; 9, 15, 17; 9, 15, 21; 9, 16, 20; 9, 17, 21; 10, 12, 14; 10, 13, 18; 10, 13, 22; 10, 18, 22; 11, 12, 13; 11, 15, 18; 11, 15, 23; 11, 18, 23; 12, 15, 17; 12, 15, 21; 12, 17, 21; 13, 16, 20; 13, 18, 22; 14, 15, 16; 14, 17, 22; 15, 17, 21; 15, 18, 23; 16, 18, 21; 16, 19, 23; 17, 18, 19; 17, 18, 20; 17, 19, 20; 18, 19, 20; 21, 22, 23.

En total 119 filas.





# SECCIÓN PIRULA

## Cuentos de Pirula

### CAPERUCITA AZUL Y EL LOBO

No creo que la princesa Caperucita Azul llegase al mundo tocada con una caperuza de color de cielo.

Pero tenía pocos días cuando su mamá, la reina, dió en la manía de cubrir su cabecita de oro con gorros azules, idénticos en color a sus ojos de miosotis. Por ello, todo el mundo la llamaba Caperucita Azul y la propia princesa creció en la idea de que tal era el nombre que figuraba en su partida de bautismo; y no aseguraría yo que no fuese así; en las familias reales, ¡en aquellos tiempos, se daban nombres tan raros! Caperucita Azul no es después de todo más absurdo que Chindasvinta y desde luego es más bonito.

Más bonita aun que nombre era la cara de Caperucita; y más todavía que su cara lo era su alma.

Figuraos pues el contraste que formaría tan encantadora princesita con su dama de honor, la duquesa Pancracia de la Etiqueta, que era vieja, medio calva, de nariz ganchuda, desdentada y, además, orgullosa, tonta, antipática, y presumida.

A la pobre princesa no la dejaba vivir: ¿que Caperucita quería bajar al jardín a coger unas flores? Al punto, surgía la severa duquesa: «No puede ser, Alteza—decía—esta no es hora de hacer ramilletes, sino de conceder audiencias». ¿Que se le ocurría a Caperucita jugar al escondite o la gallina ciega con unas amigas suyas? Intervenia la duquesa: «Imposible Alteza; las princesas no juegan a la gallina ciega ni al escondite; solamente son juegos nobles el de Anton Pirulero» y el de «Ni si, ni no, ni que se yo».

Esta simpatísimas duquesa tenía un hijo que había salido a su mamá lo poco amable y en que si ésta parecía una bruja, él, parecía un gnomio; era

trípido, jorobeta, calvo, con los ojos gordos y redondos y la narizota más colorada que un pimlento morrón; y como si todo esto fuera poco, se llamaba Cucufato.

Con estos antecedentes, no sé si os causará risa o indignación el enteraros de que la gran duquesa de la Etiqueta, había formado el proyecto de casar a su hijo con la princesita.

Esto se le había ocurrido naturalmente por la ambición de ver a su horrible retoño esposo de una princesa de sangre real; pero además, según se me figura a mí, porque odiaba a la pobre Caperucita de tanto como envidiaba su belleza y su gracia y, para poderla molestar más a sus anchas, anhelaba convertirse en suegra suya.

Cuando faltaban pocos días para que la princesa cumpliera los quince años, la dama de honor se decidió; rizó con especial esmero su peluca rojiza, se cepilló sus tres dientes, se puso un vestido lleno de cintas y colgajos de encaje, con el cual resultaba aún más fea y ridícula que de costumbre y, tras de solicitar con toda prosopopeya una audiencia de Sus Majestades, se atrevió a pedirles la mano de su hija para el duque Cucufato.

Si a vosotras os ha osombrado semejante pretensión, ya podéis suponer el efecto que causó a los soberanos; la reina hubo de morder su pañuelo para aguantar la risa y el rey apretó los puños para contener su indignación.

La duquesa salió de aquella entrevista, furiosa; Sus Majestades los reyes no habían manifestado deseo alguno ni de tener a Cucufato por yerno ni de ser consuegros suyos.

—Me vengaré—iba murmurando entre sus tres dientes—. Veré a mi prima la bruja de las Rocas y...

En aquel momento se cruzó con el cartero que traía a los soberanos una carta de cierto poderoso emperador extranjero, que les anunciaba la visita de su hijo, el príncipe Belamor.

El príncipe llegó a la corte precisamente en el día en que Caperucita Azul cumplía los quince años; con el doble motivo del santo de la princesita y de la llegada del noble extranjero, se celebró en palacio una fiesta deslumbradora.

Al llevarse a cabo la presentación de los homenajeados, sucedió algo extraordinario; y es que se enamoraron perdidamente uno de otro.



Claro que esto no es tan extraordinario como pudiera parecer, si se tiene en cuenta que Caperucita era como sabemos, digna de inspirar la mayor pasión, y que Belamor no lo era menos, por su gallarda prestancia y simpatía, y bondad.

En cuanto el príncipe hubo visto a la princesa y se hubo enamorado de ella y hubo notado que a ella le sucedía lo mismo, no perdió el tiempo.

En el mismo instante, se acercó a los reyes y les pidió la mano de su hija; y como los reyes no esperaban otra cosa quedó convenido que la boda se celebraría muy pronto, en cuanto la novia tuviese listo su equipo.

Para festejar este gran proyecto se bailó un rigodón de honor que los nuevos prometidos condujeron a las mil maravillas.

Pero allí en el salón de baile, había dos seres que no compartían el entusiasmo general; uno era la duquesa de la Etiqueta, cuya nariz se le había alargado de rabia hasta tocarle la barbilla; otra era el duque Cucufato, cuya nariz había enrojecido hasta el punto de parecer un farol veneciano, encendido.

Aquella misma noche, una mujer salió del palacio, misteriosamente envuelta en negros velos, y se dirigió con sigilo hacia una gruta de la montaña donde vivía la bruja de las Rocas.

Temblemos por la suerte de la princesa Caperucita Azul y del príncipe Belamor; mas, no temblaremos más de ocho días, pues el domingo que viene sabremos lo que todo esto advino.

